

EL LEGADO DE ROMA  
UNA HISTORIA DE EUROPA DE 400 a 1000  
**Chris Wickham** (Trad. C. Belza y G. García)

Ediciones Pasado y Presente, Barcelona, 2013.

Escribir una reseña sobre una obra de Chris Wickham es al mismo tiempo una labor fácil y ardua. Es fácil porque su ambición, erudición, capacidad de síntesis y de interpretar de forma novedosa y compleja datos y hechos bien conocidos hacen que no revista complicación alguna presentar su último trabajo. Pero al mismo tiempo, esos rasgos, que ya pudimos valorar y disfrutar en su monumental y absorbente *Una historia nueva de la Alta Edad Media*, dificultan aportar una valoración novedosa y reposada de esta nueva obra, complemento indispensable de la primera.

En primer lugar, debe quedar cristalinamente claro que Wickham vuelve a conseguir lo que hasta hace

pocos años parecía irrealizable: construir una narrativa histórica, una visión conjunta para el amplio escenario que componen Europa, el mundo mediterráneo y el Oriente Próximo. Este ámbito geográfico es el resultado de superponer el que conocemos como “mundo antiguo”, es decir, el imperio romano y las diversas versiones del imperio persa, y el “mundo medieval”, que se compone de tres grandes unidades, hasta hace poco tiempo con historias e historiografías que funcionaban como compartimentos estancos, a saber, la cristiandad latina, fruto del Imperio Romano de Occidente y que se expande hacia el norte y el este durante la Edad Media; la cristiandad ortodoxa, hija del Imperio Romano de Oriente, con su proyección eslava; y la Dar al-Islam, el

inmenso espacio que desde el siglo VIII abarca desde el norte de la Península Ibérica hasta el noroeste del subcontinente indio.

Wickham establece, como hiciera en su anterior volumen, este espacio como escenario de su obra porque construye la historia en torno a la principal herencia política de Roma, entendida como la existencia, y supremacía, del mundo público, sobre la esfera de lo privado, en el ámbito del poder político. Por eso mismo, su brillante exposición

alcanza hasta los albores del segundo milenio, entendiendo que más allá de ese ficticio, o simbólico, miliario cronológico, la erosión del poder público por las diferentes formas de poder privado acaban con esa herencia clásica -ya que no con el conjunto de pervivencias grecorromanas-.

Partiendo de una breve revisión del punto de partida tardoimperial (año 400), el autor nos guía y nos acompaña por las diferentes sociedades que sucedieron al mundo romano, señalando con su inteligente mirada y ágil escritura, los aspectos y datos que muestran las crecientes divergencias e innovaciones que van construyendo un mundo distinto del anterior, pero al tiempo claramente deudor del mismo, desmontando tópicos archisabidos, discursos carpetovetónicos e “nacimiento de naciones” que tanto han abundado en el estudio de los siglos altomedievales.

Con su descripción de la Alta Edad Media como un tiempo de contrastes (militarización, continuidad o debilitamiento de los sistemas fiscales, mayores espacios de movilidad social y autonomía campesina, continuidad de valores y ruptura de su contexto), “El legado de Roma” abraza la complejidad de una época relativamente peor conocida que los periodos previos y posteriores, y recurre a una amplísima diversidad de fuentes (textuales, artísticas, arqueológicas, etc.) para asentar su argumentación. Diversidad de fuentes, y enfoques, fruto del trabajo de las últimas décadas sobre este periodo en prácticamente todos los países o regiones que aparecen en esta obra y que recibe un reconocimiento explícito por parte del autor, ya que es condición previa para la construcción de una síntesis como esta.

“El legado de Roma” se estructura en cuatro grandes bloques. Tras la mencionada introducción dedicada al Imperio Romano, subdivide la historia de “Occidente” en dos grandes periodos, separados por el gran parteaguas del periodo carolingio. Mientras tanto, “Oriente” (uso las comillas porque se trata de un concepto más político y cultural que geográfico, ya que incluye al Andalus o el Magreb) se estudia en un único bloque. Esto no se debe a una menor importancia histórica o historiográfica, sino porque en un primer momento la continuidad del imperio oriental es evidente y los grandes cambios suceden a partir de la irrupción del Islam, tanto en las áreas conquistadas y, posteriormente, islamizadas, como en el reducido imperio bizantino, que conoce un proceso en cierta medida similar al experimentado por los reinos posromanos dos siglos antes (disminución de

los intercambios comerciales, debilitamiento del sistema fiscal, fuerte militarización de la sociedad, profundos cambios en la alta cultura dominante).

Mención aparte merece el capítulo 10, situado a modo de capítulo central, en el que se contrastan las diferentes sociedades tratadas en la obra a través de la cultura material y el poder de la visualización del poder. Así, se comparan Santa Sofía, la Gran Mezquita de Damasco, un palacio anglosajón del siglo VII, una iglesia romana del IX, los palacios carolingios y diversos modelos de hábitats rurales (pueblos). En esta comparativa, quizás la mejor parte del libro, se demuestra de nuevo la pericia del autor para expresar las diferentes fuentes de todo(s) su(s) significado(s), tanto los más evidentes como aquellos que tan solo los contemporáneos y los especialistas podrían percibir en, por ejemplo, la elección de un motivo o una estructura arquitectónica. Igualmente, hay que resaltar que Wickham aplica este tipo de análisis tanto a grandes obras con un claro carácter propagandístico como a procesos “impersonales” de reforzamiento del poder de las elites locales, ya que ambos comparten una plasmación física y visual de la rotundidad del poder y de su percepción por poderosos y humildes por igual.

La obra de Wickham puede llegar a abrumar por la extraordinaria cantidad de datos y enfoques manejados, los mismos que nos permiten tan alto grado de comprensión del periodo y los diversos fenómenos descritos. Quizás por esto, la declarada ambición del autor por escribir un libro de interés tanto para profesionales como para un público más general queda ligeramente descompensada en favor de los primeros, aunque es necesario reconocer su lectura es más fácil y amena que “Una historia nueva de la Alta Edad Media”, tanto por los temas que trata (la historia política siempre es menos árida que la económica) como por un estilo más ligero, en el que destacan sutiles toques de humor, irónico humor británico que personalmente me ha arrancado numerosas sonrisas.

Por último, reseñar que se trata de una edición sumamente cuidada, con el apoyo imprescindible de buenos mapas e imágenes, a la que sólo cabe reprochar pequeños errores en la traducción que no empeñan, en su conjunto, la lectura de la obra.

En resumen, Wickham ha escrito una obra que puede ser considerada como un ejemplo, si no “el ejemplo” de lo que supone la historia medieval, especialmente de la Alta Edad Media, en el siglo XXI, con amplitud de miras, un manejo tan flexible como docto de la gran variedad de fuentes a que se puede recurrir, haciendo del término “interdisciplinar” una brillante realidad. Se trata de un trabajo intelectual de primer orden que invita a ser releído y reflexionado por los lectores, que encontrarán en sus páginas, especialmente los profesionales, interesantes y sugestivas ideas que modificarán, sin duda, su visión global sobre este apasionante periodo.

*Ramón Fernández Barba*